

Pablo Buchbinder, *Historia de las Universidades Argentinas*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2005, 255 páginas.

El lector que se acerca a este libro tiene en sus manos el resultado de una investigación académica ambiciosa, erudita y suficientemente exhaustiva, empeñada en construir un relato con pretensiones de síntesis sobre la historia de las universidades argentinas. Una iniciativa que da continuidad a un desafío que ya asumieron otros autores en esta colección de Historia Argentina, dirigida por José Carlos Chiaramonte, haciendo foco en problemas y objetos de estudio que, tras algo más de dos décadas de renovación historiográfica y contando con abundante acervo de investigaciones empíricas, requerían de nuevas interpretaciones integrales, de largo alcance espacial y temporal (tal como puede constatararse en las historias del agro, la Iglesia católica, las minorías religiosas, la inmigración, o la familia).

Quizá, lo primero que habría que señalar en este comentario es que uno de los principales méritos de Pablo Buchbinder fue producir un saludable relato despojado de los apriori del sentido común “reformista” y “modernizador” que dominaron y dominan una buena porción de las reflexiones académicas sobre las universidades argentinas, demostrando inclusive que es posible reconocerse tributario de aquellas tradiciones políticas e intelectuales (en la defensa de la educación pública, la autonomía universitaria, el co-gobierno, la excelencia académica), sin por ello comprar su propia visión del mundo a la hora de analizar distanciadamente la historia.

Previamente, el autor produjo la historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires desde su creación en 1896 hasta 1966, y se ocupó en detalle de aspectos de la historia de la universidad porteña relacionados con los procesos de reforma de principios del siglo XX a la década de 1920. Aun contando con esta trayectoria, con un mérito hoy infrecuente, no temió abandonar la delimitada y cómoda circunscripción de un objeto eruditamente regado por fuentes de primera mano, y se lanzó a la escritura de una historia de síntesis que, necesariamente, debe servirse de interpretaciones de segunda y tercera mano, resultando de esta iniciativa un trabajo original que se instala en un campo de conocimientos donde sólo existen reconocidas y serias producciones reconcentradas en un período determinado, en ciertos proyectos, instituciones, disciplinas y actores sociales.

Pero este extenso recorrido bibliográfico por el que debe transitar para alcanzar su objetivo, presenta ciertas dificultades a la hora de interpelar a los numerosos interlocutores que constituyen su principal insumo. En la medida en que un campo de estudios sobre la universidad y la educación superior argentina sólo está en vías de consolidación, el autor debió abreviar en diversos y dispersos debates historiográficos, sociológicos y de otras disciplinas sociales, poniendo en diálogo preocupaciones definitivamente autorreferentes, que privilegian y discuten cuestiones muy diferentes y, por demás, indiferentes entre sí. Recurrió a historias

institucionales oficiales, críticas políticas, y a otras historias de manufactura académica; a historias de las ideas, culturales y de las ciencias. Consultó trabajos historiográficos concentrados en problemáticas específicas de ciertos períodos en un lapso que abarca cuatrocientos años de historia en el Río de la Plata y en la Argentina. Se sirvió del estudio sociológico de las relaciones entre intelectuales y política, y de otros sobre el gobierno y las elites universitarias, políticas y estatales. También del relevamiento y análisis de la legislación de educación superior, de las recientes políticas de evaluación, acreditación y financiamiento, entre otras cuestiones sólo privilegiadas por aquellos trabajos que en los últimos diez años se interesaron en la agenda universitaria abierta tras la aprobación de la Ley de Educación Superior en 1995. La calidad de estas contribuciones es despareja, y ello redundante en la erudición e intensidad con que aborda los diferentes períodos. Veamos en detalle esta cuestión.

Los dos primeros capítulos, referidos a los orígenes de la Universidad de Córdoba y la de Buenos Aires (fundadas en 1623 y 1821, respectivamente) se benefician de la productividad de la historiografía sobre el período colonial, posrevolucionario y de constitución del Estado nacional, además de contar con la útil consulta de primera mano de algunas valiosas fuentes de la época. Esa opción por una interlocución abierta con investigaciones abocadas a diferentes esferas de la vida social, es solidaria con una hipótesis aplicable a ambas universidades en este extenso período; esto es, si bien poseían legalmente el monopolio de la formación en derecho, medicina y teología, e incorporaron luego estudios en artes e ingeniería, competían desigualmente con otros espacios de socialización que aspiraban a convertirse en referencia natural en la producción y reproducción de conocimientos, tales como academias y corporaciones profesionales y científicas, algunos organismos estatales especializados, círculos literarios, clubes políticos, entre otras agencias. Así pues, una idea clave podría extraerse de estos capítulos: las universidades no necesariamente fueron el referente por excelencia e interlocutores legítimos para diferentes actores sociales en materia cultural y científica. Por el contrario, si llegaron a ocupar esa localización privilegiada en el Estado y sociedad nacional fue como resultado de un largo y conflictivo proceso de alianzas y luchas sociales cuyos resultados no estuvieron dados (ni lo están hoy) de una vez y para siempre.

El capítulo cuatro está centrado en el análisis del proyecto fundacional y en los primeros años de vida de la Universidad Nacional de La Plata. Creada en 1905, esta nueva institución tenía por objeto concretar una propuesta orgánica de desarrollo de las funciones de formación profesional y científica de la universidad, así como la introducción de tareas de extensión a la comunidad. Esta innovadora experiencia encontraría limitaciones en su implementación efectiva, toda vez que la reproducción de la lógica profesionalista y corporativa que dominaba en Córdoba y Buenos Aires pronto se instalaría en el ámbito platense, constituyendo, además, una

matriz fundamental que determina y tensiona el desenvolvimiento del conjunto de la educación superior argentina hasta el presente. Esa matriz se encuentra en el centro de un debate polémico en el que se confrontan con desigual énfasis la ponderación de la producción de conocimientos científicos, en oposición con la primacía otorgada a la formación de profesionales liberales como abogados y médicos y, más recientemente, de docentes de educación media y superior. O también se expresa en la defensa de la autonomía de la universidad para definir su gobierno y agenda de prioridades académicas, *versus* la valoración de la necesaria interlocución e integración de las instituciones universitarias públicas con el Estado, el mercado y los actores de la sociedad civil.

Los capítulos tres y cinco, que se ocupan de la formación y sociabilidad de las élites políticas y profesionales liberales entre la sanción de la Ley Avellaneda (1885) y la Reforma Universitaria (1918), se sirven de buenos interlocutores y se enriquecen, sobre todo, gracias al conocimiento directo y especializado de Buchbinder sobre estas temáticas en el ámbito porteño. Estos dos capítulos dan cuenta en profundidad de tres ejes temáticos que sirvieron al autor para interpelar ese universo bibliográfico heterogéneo, y alrededor a los cuales se organizan argumentos fuertes desplegados en el libro. Esos ejes tienen que ver con las funciones que las universidades desempeñaron en relación con el Estado y la sociedad nacional en diferentes períodos; y también se ligan a procesos sociales, políticos, económicos y culturales como la formación, sociabilidad y reclutamiento de las elites políticas, estatales y culturales, la promoción social de las clases medias y de segmentos de los sectores populares, y el protagonismo de los actores universitarios en la política argentina. En este sentido, y con buen suceso, el autor se sustrae de las explicaciones unilaterales que campean en ciertas interpretaciones, excesivamente concentradas en la reproducción a-crítica de las enunciaciones programáticas manifestadas por los actores sociales de la época y/o en los proyectos institucionales de las universidades y sus unidades académicas. Pero también se aleja de aquellas otras interpretaciones que encuentran en los procesos y acontecimientos ligados a la política, el Estado, el mercado y la estructura social, las causas fundamentales que determinan el curso de la vida universitaria. De este modo, reconoce con sutileza cuáles fueron las mediaciones y formas históricas específicas que dieron por resultado esa imbricación de dimensiones sociales objetivados en las instituciones y actores universitarios, atendiendo a su impacto en la conformación de los claustros y el gobierno, así como en el desempeño de las funciones de formación profesional, producción de conocimientos, y en su relación con la sociedad y el Estado.

El capítulo seis considera de forma original –si nos atenemos a las hipótesis dominantes en los estudios de educación superior– un extenso período que comprende los años 1918 a 1943, integrando un continuo temporal definido por la implantación y consolidación del proyecto de las elites universitarias “reformistas”.

Repasando algunas de las ideas centrales trabajadas hasta aquí por Buchbinder, repararemos, por un lado, en el hecho de que buena parte de las propuestas de los “reformistas” del dieciocho abrevaron en el programa del movimiento estudiantil y del liberalismo reformista de principios del siglo XX, tal como lo atestigua una reflexión sobre la reforma del estatuto de la Universidad de Buenos Aires de 1906, las huelgas estudiantiles que la precedieron, y el proyecto de creación de la Universidad Nacional de La Plata. Por otro lado, el autor enfatiza que el golpe de estado de 1930 –que abrió un prolongado e inestable período de discontinuidades institucionales en la Argentina– no constituyó un acontecimiento bisagra en las universidades. Así pues, si bien diferentes vertientes intelectuales y políticas conservadoras y del ascendente nacionalismo católico –apoyadas en gobiernos nacionales autoritarios que intervinieron las casas de estudio– rivalizaron con los “reformistas”; al mismo tiempo, estos últimos consiguieron revalidar su hegemonía en las universidades hasta 1943 o, más precisamente, hasta que el gobierno del general Perón las intervino, reorganizó, e impulsó un nuevo ordenamiento legal que dio lugar a un movimiento de renuncias y cesantías masivas de profesores “reformistas” entre 1946 y 1947, a la conformación de una oposición estudiantil inspirada en esta orientación, y a la aceptación pasiva de las nuevas políticas por la mayoría de los profesores y estudiantes.

De modo que, el peronismo introdujo las fuertes modificaciones que son objeto del capítulo siete. Las lecturas que las ciencias sociales produjeron sobre este proceso han estado, en buena medida, dominadas por una comprensión que toma como referencia la experiencia intelectual y política de los “reformistas”. Experiencia que, a su vez, fue apropiada y resignificada entre 1955 y 1966 por las nuevas camadas de universitarios que se reconocieron herederos de esta tradición. Ya se ha dicho que el autor se distancia de estas perspectivas y trata de abordar la política de educación superior del peronismo sin demonizarla. Consigue, así, una interpretación que reúne aportes sustantivos sobre un período donde no abundan investigaciones académicas sobre la universidad; un hecho, por cierto, bastante curioso, si reparamos en la cantidad de trabajos existentes sobre las políticas públicas, la industria, el agro, los sindicatos, la educación básica, entre otros temas relevantes, durante las primeras presidencias de Perón. Buchbinder se detiene a observar no sólo aquellos tópicos significativos y recurrentes de la época, tales como las prácticas autoritarias del Estado nacional sobre la oposición, la visible presencia pública de nacionalistas católicos y peronistas en las Facultades de ciencias humanas, sociales y jurídicas, la organización y la resistencia intramuros de los estudiantes y extra-muros de los académicos. También merecen su atención el desarrollo de nuevos discursos y formas institucionales (o la profundización de otras apenas esbozadas hasta entonces), tales como una explicitada y ponderada separación entre política y academia, la redefinición y limitación de la autonomía universitaria mediante la afirmación de su pertenencia orgánica al

Estado nacional en tanto institución pública, la formación de un sistema de ciencia y tecnología, la diversificación de la oferta en educación superior, la consolidación y extensión de la carrera académica, la supresión de aranceles estudiantiles y del examen de ingreso, y la masificación del acceso a la universidad. Al tiempo que, además, llama la atención sobre aquello que permaneció inmodificado en la educación superior del peronismo, como la organización curricular y los métodos de enseñanza en la formación profesional, las actividades de algunas instituciones científicas dedicadas a la investigación en el campo de la ingeniería, medicina, las ciencias exactas y naturales.

La reflexiones presentadas en los dos capítulos anteriores habilitan al autor a encarar en el capítulo ocho el estudio de la denominada “época de oro” de la universidad argentina, 1955 a 1966, sin erigirse en un apologista del proyecto “modernizador” dominante en aquel período. Por un lado, destaca que los combates librados desde 1955 en las universidades fueron predominantemente expresivos, al igual que en tiempos del peronismo, de posicionamientos partidarios y de otros definidos frente a acontecimientos de la política nacional, antes que fundados en proyectos institucionales. El predominio de una lógica política que negaba cualquier entidad positiva al rival y lo convertía en un enemigo a eliminar, se impuso en la vida universitaria durante un extenso período que se extiende hasta la apertura democrática de 1983. Así pues, si las autoridades que encararon la normalización de la Universidad de Buenos Aires entre 1955 y 1958 se propusieron revitalizar la autonomía y el co-gobierno universitario, la actividad académica y científica de excelencia, la creación de nuevas ofertas de formación, la expansión de dedicaciones exclusivas, y la organización de las unidades académicas por departamentos; también se dieron una ofensiva política de “desperonización” de la universidad que comprendía la evaluación de la “honradez” y “moralidad” de los candidatos a concurso, esto es, que les imponía la obligación de demostrar públicamente que no disponían de antecedentes comprometidos con el régimen peronista. Una estrategia política e institucional de este corte, bien podría ser analizada como el reverso de la “peronización” activamente buscada por el Estado nacional diez años antes. Una vez más, aun cuando esos posicionamientos “modernizadores” pudiesen despertar alguna simpatía en ciertos lectores universitarios actuales, Buchbinder opta por distanciarse de aquéllos y no construye un relato preocupado por tomar partido por unos u otros; por el contrario, compone un escenario histórico de complejas alianzas y luchas políticas que se dieron en las universidades y en la sociedad nacional.

El período siguiente, 1966-1983, da cuenta de los límites del movimiento “modernizador”, del despliegue del proceso de radicalización y faccionalización política de segmentos del profesorado, investigadores y estudiantes universitarios, y de las renovadas tentativas autoritarias del Estado nacional sobre las universidades que culminaron en nuevas intervenciones y en una política abiertamente

represiva con la última dictadura militar. Si bien la historia política ha construido una temporalidad que suele señalar, de forma canónica, el año 1976 como una bisagra entre un pasado signado por la herencia del desarrollismo, la industrialización sustitutiva de importaciones y las políticas de bienestar, y un futuro dominado (hasta el año 2001 para algunos, o hasta el presente para otros) por políticas neoliberales en un sistema político democrático, una economía basada en la producción primaria de exportación y una sociedad crecientemente excluyente. A la hora de pensar la temporalidad específica de la historia universitaria, Buchbinder deja en claro que, dadas las características centrales que definen el período 1966-1983, se concluye que el trayecto 1976-1983 queda definitivamente subsumido en aquel otro más abarcador. Siquiera puede decirse que los influjos de la “primavera camporista” del año 1973 sobre la Universidad de Buenos Aires escaparon a las tendencias dominantes en ese período: radicalización y faccionalismo en la comunidad universitaria, y políticas autoritarias, intervencionistas y represivas del Estado. Tal como hizo en anteriores capítulos, el autor se preocupa por ligar los actores e instituciones universitarios con otros actores y dimensiones sociales del Estado y la sociedad, pero reconociendo cuál fue la forma particular que esa relación asumió en la universidad. De allí que defina unas temporalidades que no siempre coinciden con los cambios en los gobiernos nacionales, en los modelos de acumulación económica o en la estructura social. Cuando traza continuidades entre 1966 y 1983, al igual que entre 1918 y 1943, está más bien concentrado en identificar la configuración y predominio de unas “culturas académicas” universitarias históricamente definidas.

Por último, el capítulo diez se ocupa del período 1983 al presente. Al igual que el tratamiento de los años 1976-1983, las políticas de educación superior y el denominado proceso de normalización universitaria entre 1983-1986, constituyen momentos escasamente trabajados por las ciencias sociales. El autor debe apoyarse, así, en las contribuciones existentes e intentar con ellas dar continuidad a los ejes de análisis privilegiados hasta aquí. Por cierto, el número de interlocutores se amplía al abordar la definición de una nueva agenda universitaria en los años noventa, la aprobación de la nueva Ley de Educación Superior, su implementación mediante las políticas del gobierno, y la resistencia ofrecida a las mismas por los universitarios de muchas casas de estudios. Pero el enfoque de esos trabajos con frecuencia está demasiado apegado (bien para convalidar, bien para oponerse radicalmente) a los problemas consagrados en la actual agenda pública de educación superior; una agenda fijada por los organismos multilaterales de crédito, el Estado nacional y por los tanques de pensamiento privados y no gubernamentales que intervienen en el diseño, gestión y evaluación de la misma. En este sentido, la notable ausencia en esos interlocutores de un diálogo intenso con las producciones académicas correspondientes a períodos anteriores, así como la superficial incursión que realizan en la definición de la dimensión histórica de las problemáticas

universitarias que abordan, deja en manos de Buchbinder una materia prima relativamente más escasa que aquella disponible para efectuar un análisis pormenorizado de tiempos pretéritos.

Para finalizar, dos comentarios adicionales antes de terminar la reseña. En primer lugar, una reflexión más bien política. Ya se ha enfatizado suficientemente que este trabajo no sólo interpela a los especialistas en la historia de las universidades argentinas, sino también a los analistas de las elites políticas y sociales, de las clases medias, de las relaciones entre ciencia y política. Pero no quisiera pasar por alto que, además, plantea interrogantes y ofrece algunas respuestas a dilemas acuciantes de las universidades en la actualidad, interpelándonos como docentes e investigadores, graduados, estudiantes y no docentes, pues los problemas políticos relatados en esta historia, si bien sería impropio afirmar que se repiten invariablemente, dicen mucho acerca de nuestro presente. Me refiero, por ejemplo, a temas clave como la controversia sobre la autonomía de la universidad pública y su relación con el Estado y la sociedad nacional; a la cuestión de la representación de los claustros en el co-gobierno universitario; o a la tensión planteada entre el privilegio otorgado a la formación de profesionales liberales para el mercado y la administración estatal versus la valorización de la formación, recursos humanos y materiales para un sistema de ciencia y tecnología.

En segundo lugar, quisiera mencionar que, conforme a lo largo del siglo XX se fueron creando nuevas universidades, primero en diferentes regiones y luego en cada provincia, el sistema de educación superior argentino se tornó más extenso y heterogéneo. Esa diversidad institucional, que desde la década de 1960 se vio ampliada por la emergencia y multiplicación de las universidades privadas, fue salvada por Buchbinder recurriendo a información oficial, pública, ensayos y algunas investigaciones, con lo cual su análisis evitó estar unilateralmente centrado en las Universidades de Buenos Aires, Córdoba y La Plata, es decir, en aquellas más antiguas y que captan una cantidad notablemente superior de estudiantes, profesores e investigadores, poseen más graduados y financiamiento. Sin embargo, este esfuerzo quedó limitado en el libro a pocas referencias, no sólo (ni fundamentalmente) debido a la escasez de investigaciones empíricas que tengan por objeto esas otras instituciones; sino, también, por la dispersión del campo de estudios que el analista debe aprehender si pretende dar cuenta de ese complejo escenario institucional. Decía arriba que, la reciente conformación de un campo de estudios sobre las universidades argentinas, obliga a abreviar en diferentes ámbitos de producción y circulación de conocimientos, diseminados en variados grupos científicos, instituciones y publicaciones periódicas, que no necesariamente se reconocen solidarias en sus aportes, ya que sólo algunas tienen por objeto la universidad y otras se concentran en problemas y objetos relacionados con aquella, como la historia y sociología de la ciencia y la tecnología, la historia de las ideas y la historia política. De allí que no quepa a esta historia de síntesis la crítica del

inventario, esto es, el recuento de aquello que no fue mencionado ni analizado en el libro. Sin dudas, el especialista en tal o cual tema podrá repasar sus páginas y reconocer afirmaciones controversiales que pueden y merecen ser confrontadas. Pero ello no va en desmedro del desafío y la propuesta asumida. Costará a otros investigadores del presente y el futuro sustraerse a las influencias de este pretencioso y bien logrado relato de síntesis en el cual muchos abreviarán hipótesis y revisarán productivamente sus resultados en más detalladas investigaciones empíricas y en nuevos ensayos de interpretación. En este sentido, sirviéndonos de la jerga futbolística, bien podría decirse que Pablo Buchbinder se luce aquí como un hábil número cinco, que detiene la pelota en el centro del campo, sopesa los diferentes posicionamientos de los otros, piensa y ordena la jugada hacia delante. En ello reside su principal fortaleza y potencial. Seguramente, entonces, la *Historia de las Universidades Argentinas* será bien recibida no sólo por los lectores no iniciados a los que fue dedicada, sino también por numerosos especialistas.

GERMÁN SOPRANO

Universidad Nacional de General Sarmiento

/ Universidad Nacional de La Plata

Laura Ruiz Jiménez, *La Argentina con porvenir. Los debates sobre la democracia y el modelo de desarrollo en los partidos y la prensa (1926-1946)*, Madrid, Biblioteca Nueva-Fundación José Ortega y Gasset, 2006, 252 páginas.

En los últimos años la producción historiográfica sobre la década de 1930 en la Argentina ha aumentado notablemente contribuyendo a modificar muchas de las ideas que poseíamos sobre la llamada “década infame”. Las nuevas visiones, más o menos críticas con la evolución política y social del país en esa época, han proporcionado una pintura más gris que negra sobre el período, enfatizando los aspectos problemáticos y a la vez sus importantes innovaciones. El libro de la profesora española Laura Ruiz Jiménez, *La Argentina con porvenir*, supone una importante contribución a esta nueva historiografía. La autora analiza la mirada vertida por los periódicos argentinos de mayor tirada con respecto a los Estados Unidos y Gran Bretaña como un testimonio de la riqueza del debate público que vivió la Argentina en esos años. Las tiradas de esos periódicos, que convertían a Argentina en uno de los países del mundo con mayor número de ejemplares por habitante, demuestran también la vitalidad del debate público y de la sociedad civil que lo mantenía.



¿Cuáles eran las características de ese debate? Contrariamente a lo que ha sostenido una visión tradicional, la preocupación de la prensa argentina por los Estados Unidos e Inglaterra no estaba necesariamente asociada a la cuestión de la creciente inquietud que sentía la sociedad rioplatense por su desigual relación con las dos potencias –la llamada cuestión del imperialismo–. Ruiz Jiménez demuestra de manera convincente que aunque el problema del imperialismo aumentó su presencia en el debate político argentino entre 1926 y 1946, tuvo un lugar subordinado en las preocupaciones de los periódicos y políticos frente a otras dos cuestiones más imperiosas, la del tipo de democracia que se quería construir en la nación y la del modelo de desarrollo económico. Los Estados Unidos y Gran Bretaña, antes que amenazas externas, eran vistos como espejos en los que contrastar los problemas internos argentinos.

La relación de la prensa y los políticos argentinos era ambigua. Por una parte, los Estados Unidos eran considerados un modelo de desarrollo político y social. Los argentinos veían en la constitución del país norteamericano y en su federalismo la fuente de inspiración de la propia construcción nacional argentina. A la vez, existía un sentimiento entre las élites argentinas de estar llamados a cumplir un destino similar al de la potencia del norte, gracias a su desarrollo económico, social y político. Por otra parte, los Estados Unidos ofrecían un modelo moral materialista y vacío, inferior a lo que Argentina podía ofrecer al mundo. Esta ambivalencia queda magníficamente reflejada en la condena de la intervención norteamericana en Nicaragua, al tiempo que Washington ocupaba junto a Sandino un lugar de honor en el panteón de héroes de la prensa argentina.

La presencia de los Estados Unidos en la prensa argentina adquirió una especial relevancia durante la década de 1930, tras el golpe de estado del general Uriburu y con la ascensión a la presidencia de Franklin D. Roosevelt. Las cuestiones sobre la agresividad imperialista norteamericana quedaron en un segundo plano, y la problemática central fue la del modelo de democracia que se quería para la Argentina. En un país en el que el mayor partido político estaba expulsado del juego electoral y en el que se recurría al fraude, la imagen del presidente Roosevelt era la del mensajero de la democracia honesta. Esta imagen estaba asociada a las circunstancias internacionales. En primer lugar, la llamada política del buen vecino, que ya había sido iniciada por el antecesor de Roosevelt en la Casa Blanca, modificó los planteamientos estadounidenses con respecto a sus vecinos del sur. En segundo lugar, la crisis europea destacaba aún más el papel del presidente norteamericano. En un mundo que parecía irremisiblemente condenado al totalitarismo, Roosevelt ofrecía un mensaje democrático y al mismo tiempo lo suficientemente imaginativo como para mantener el respaldo mayoritario de sus ciudadanos y la admiración de los demócratas extranjeros.

Pero el debate sobre la democracia iba en la Argentina más allá de la cuestión de las elecciones honradas y de la reincorporación del radicalismo al juego

político. La presencia de Roosevelt en los diarios argentinos no sólo sirvió para realizar una denuncia del fraude sino también para señalar que la reconstrucción democrática debía incluir un aspecto hasta entonces olvidado, el de la política social. El *New Deal* de Roosevelt se convirtió en un modelo que concitó la aprobación de casi todas las posturas políticas y periodísticas de la sociedad argentina. Este fenómeno le sirve a Ruiz Jiménez, en una de las secciones más originales de su libro, para modificar la visión que sostiene que buena parte del éxito de Perón en las elecciones de 1946 se debió a su retórica antiimperialista y particularmente “antiyanqui”. Como señala la autora, aún más importante que el enfrentamiento entre las figuras de Perón y el embajador estadounidense Braden, fue la constante comparación que los medios cercanos al candidato finalmente victorioso hicieron entre éste y Roosevelt. El mensaje que se quería transmitir no era ajeno a los debates de la época: Perón, como el líder estadounidense, había introducido en Argentina la verdadera democracia, la democracia social.

Mientras que la aproximación de la prensa a los Estados Unidos le sirvió para realizar una reflexión sobre los problemas de la construcción democrática en la Argentina, su acercamiento al Reino Unido le serviría para plantearse la cuestión del desarrollo económico. Hasta la década de 1930, la Argentina se había incorporado exitosamente al mercado mundial como exportador de cereales y carne manteniendo una especial relación económica con Gran Bretaña. El éxito de ese modelo de desarrollo económico fue tal que la sociedad argentina en general demostró un gran consenso sobre sus bondades. La prensa argentina tardó en aceptar algunas visiones críticas sobre la relación que el país latinoamericano había mantenido con el europeo.

Para demostrar esta actitud, Ruiz Jiménez analiza algunos de los debates que más atención han llamado a los historiadores, como el acuerdo D’Abernon de 1929, el pacto Roca-Runciman de 1933, o el llamado debate de las carnes de 1935, entre otros. En los dos primeros casos, la autora demuestra que la mayoría de la prensa no veía con sospecha la relación con el socio británico. Los que se opusieron al acuerdo comercial D’Abernon lo hicieron enfatizando sus críticas al gobierno de Hipólito Yrigoyen, pero no a la complementariedad de intereses entre Gran Bretaña y la Argentina. En el caso de los acuerdos Roca-Runciman, la mayoría de los medios de opinión aceptaba que en las condiciones restrictivas del mercado mundial debido a la depresión económica, la Argentina había obtenido un éxito destacable en sus negociaciones comerciales con los británicos. Por último, el apasionado debate de las carnes abrió el camino para las primeras críticas a la relación entre la Argentina y Gran Bretaña y aparecieron en periódicos como *La Vanguardia* o *Noticias Gráficas* denuncias antiimperialistas. El meollo del debate, no obstante, no fue el de la relación económica con Inglaterra sino el de la corrupción que afectaba a la ya problemática legitimidad del gobierno de la Concordancia. Hacia 1940, sin embargo, la mayoría de los grandes periódicos, con excepción

de *La Prensa*, estaba de acuerdo en que el modelo de crecimiento guiado por las exportaciones y de especial relación con Gran Bretaña se había agotado. La perspectiva de una Argentina industrial, aunque bajo esa etiqueta se entendieran distintas cosas, era el objetivo compartido de políticos y periodistas.

Laura Ruiz Jiménez resulta persuasiva en todos los aspectos mencionados. Hay, empero, algunas cuestiones que merecerían haber sido exploradas con mayor detalle, en particular, la relación entre prensa y opinión pública. La autora enfatiza las grandes tiradas de los periódicos que forman el cuerpo central de su análisis. Pero algunas preguntas quedan en el tintero: ¿quiénes son esos lectores? ¿Cómo se distribuyen social y regionalmente? Las páginas de *La Argentina con porvenir* parecen hacer referencia implícita a un lector de periódicos tipo: varón de clase media y porteño. Un análisis explícito de esta cuestión habría enriquecido el texto.

Haber explorado estas preguntas podría haber reforzado los argumentos de la autora sobre el dinamismo del debate público en la sociedad argentina, la importancia de la cuestión de la democracia y el desarrollo económico y el lugar secundario del imperialismo en las preocupaciones argentinas. Un ejemplo de esto se da en la cuestión del debate sobre la posición de la Argentina en la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de la prensa adoptó una postura aliadófila y de enfrentamiento con aquellos sectores nacionalistas que con mal disimulada simpatía por las potencias fascistas defendían la neutralidad argentina. Sin embargo, como señala Ruiz Jiménez, una parte importante de la población argentina mantenía posiciones demócratas y neutralistas al mismo tiempo, pero “no encontraron en los diarios de gran tirada espacios para dar a conocer sus planteamientos” (p. 132). Este fenómeno habría merecido mayor atención porque señala algunos problemas en la conexión entre gran prensa y opinión pública.

Más allá de este aspecto, la autora ha tenido éxito en su empresa. *La Argentina con porvenir* muestra una realidad dinámica y rica en debates. También recupera una sociedad más abierta y optimista de lo que los relatos tradicionales sobre la “década infame” proporcionaban. Escrito con una prosa limpia y al mismo tiempo absorbente, el relato de Laura Ruiz Jiménez es una contribución muy significativa a la última historiografía argentina.

JOSÉ ANTONIO SÁNCHEZ ROMÁN